

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 3.^a de Cuaresma.

*Et erat ejiciens de
monium, et illud erat
mutum,*

Luc., XI, 14.

Y estaba echando el
demonio, y este era
mudo.

Entre la multitud que seguía á Jesucristo, ávida de escuchar las sublimes verdades que á raudales brotaban de sus divinos lábios, iba un hombre poseído del demonio y que, á consecuencia de esta situación, era ciego y mudo, según el testimonio explícito de los inspirados Evangelistas, y sordo además, como exponen los sagrados intérpretes. Compadecido el Salvador, acercóse al demoniaco, y lanzó al demonio, y al punto comenzó á hablar el mudo con grande admiración de la multitud que fué testigo del

milagro. Algunos Escribas y Fariseos que vieron el prodigio, ya que no podían negarle, trataron de anular su virtud, diciendo á las turbas: Este hombre lanza los demonios en nombre de Belzebú, príncipe de los demonios. Y otros queriendo tentar á Jesús, le pedían una señal del cielo. Pero Él, luego que conoció sus intenciones, les dijo: Todo reino dividido en partidos será desolado, y una casa caerá sobre otra casa. Pues si Satanás está también dividido en sí mismo ¿cómo permanecerá su reino? Vosotros decís que yo arrojé los demonios por virtud de Belzebú. Y vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Si pues yo lancé los demonios en virtud de Dios, no hay duda que el reino de Dios ha venido ya á vosotros.

Cuando un fuerte armado guarda la casa, está seguro cuanto posee; pero si viene otro mas fuerte que él, y lo vence, le quitará todas sus armas, y repartirá sus despojos. El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no coge, desparrama.

Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por sitios desiertos, buscando descanso, y no encontrándole, dice: Volveré á la casa de donde sali. Y volviendo á ella la encuentra limpia y adornada. Entonces vá y tomando otros espíritus peores que él, entra en la casa, y fijan en ella su morada. Y los fines de aquel hombre se hacen peores que los principios. Cuando estaba Jesucristo diciendo estas cosas, una mujer levantó la voz y le dijo. Bienaventurado el vientre que le llevó y los pechos que le alimentaron. Y Jesús respondió: Bienaventurados mas bien los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.

Para que logreis todo el fruto posible de las sublimes enseñanzas contenidas en el presente Evangelio, quiero llamar vuestra atención sobre la desgracia del hombre poseído y sobre el poder misericordioso de Jesucristo. No se ha abreviado la mano de Dios, ni se agota jamás la fuente de

sus misericordias. El poder infinito que obró tantas maravillas sobre los cuerpos, está vivo en la Iglesia, para obrar la salud de las almas enfermas hasta el fin de los tiempos.

Tengo por cierto, hermanos míos, que si el hombre pudiese ver su alma, manchada por el pecado, y tiranizada por el demonio, sentiría un horror tan profundo, viéndose tan feo, tan degradado y envilecido, que no dilatara un instante su conversión. Entre las visiones de Santa Teresa se cuenta una que fué para ella de espanto y horror. Vió una alma en pecado, liada por todas partes con fuertes ligaduras, sin poder oír ni ver, ni siquiera moverse. Y consiste en que el demonio, una vez dueño del alma, cierra las puertas de los sentidos espirituales para que no pueda penetrar ni un rayo de luz, ni la voz del arrepentimiento, ni la medicina de la salvación. ¿No tenemos á la vista tristísimos y repetidos ejemplos de esta verdad desconsoladora? La voz del Ministro de Dios resuena con frecuencia en los oídos del pecador. Luz del mundo y antorcha de las conciencias, pone á su vista el horroroso abismo que tocan ya sus piés y el miedo seguro de

volver al camino del bien y de la salud; Médico de las almas le indica y ofrece la medicina que ha de curarle en el Sacramento de la Penitencia; Juez elegido por Dios para absolver, ó condenar á los hombres, hácele palpar los terribles juicios y las misericordias del Señor; pero él desgraciadamente está ciego, sordo, mudo, sin movimiento, sin vida; nada ve, nada oye, nada siente. Desprecia los peligros, resiste la voz de Dios y sus Ministros, rechaza los impulsos de la gracia, se obstina en su ceguera y se lanza con nuevo furor como bruto desbocado, por los grados del vicio, de la lujuria y de la corrupción. ¡Miserable! Su presencia llena de horror á los buenos, de compasión á los Angeles, de ira al Dios de las misericordias, de una alegría infernal al demonio que le avasalla; y solo él permanece insensible á su desgracia, solo él se muestra indiferente á la inmensidad de sus males, solo él contempla sin horror, quizá con insensata alegría el abismo de la eternidad que amenaza tragarle. ¿Y no habrá una luz que disipe con sus resplandores las tinieblas de tantas almas desventuradas? ¿Y no habrá una voz poderosa que se haga oír de tantos infelices pecadores? ¿Y no habrá un

libertador tan poderoso y caritativo que arroje al demonio de tantas almas que gimen en odiosa servidumbre devolviéndoles la libertad, la vida y todos los bienes de que el infame enemigo las había despojado? Si, señores; Jesucristo ha venido á hacer pedazos los ídolos y á expulsar de la tierra al espíritu inmundo. *Spiritum immundum auferam de terra.* (1) Jesucristo ha venido á juzgar al mundo y á arrojar fuera al príncipe infernal. *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.* (2) Jesucristo ejerce hoy su divina potestad sobre el demonio lanzándole del cuerpo de un hombre para significar que tiene absoluto y soberano poder para derrotarle y vencerle en el imperio que ejerce sobre las almas por medio del pecado. Aquí, señores, en este hecho que nos refiere el Evangelista, tenemos que admirar como los admiraron las turbas, cuatro milagros, todos ellos públicos y ruidosos; todos ellos testimonio irrecusable de la divina misión de Jesucristo y de su potestad soberana sobre el demonio y sobre las obras del demonio. El demonio es expulsado, y es el primer milagro; el ciego

1 Zacharías, 13. 2.

2 Joann, 12. 31.

ve, y es el segundo milagro; el mudo habla, y es el tercero; el sordo oye, y es el cuarto. *Et eum ejecisset demonium, locutus est mutus.* Las turbas que habían presenciado el hecho, se llenaron de admiración y creyeron que Jesucristo no podía menos de ser el Mesías verdadero por tantos siglos esperado, y le testificaban su amor y su gratitud, siguiéndole á todas partes, bendiciéndole y aclamándole Hijo de Dios, Rey de Israel y Salvador del mundo.

Venid, también, vosotros á presenciar los milagros que obran los Sacerdotes en favor de una sociedad que no los merece; venid á admirar esa potestad soberana que han recibido del cielo y que ejercen sobre la tierra en nombre de Jesucristo, Redentor del mundo y vencedor del infierno; venid, sobre todo, á rendirles el tributo bien merecido de vuestro amor y gratitud por los inmensos beneficios que os dispensan, ya que los modernos fariseos no tengan para los ministros de Dios más que desprecios y tribulaciones, odios y calumnias. No es que teman el desprecio, ni la tribulación, ni el odio, ni la calumnia, ni la angustia, ni el hambre; nada de esto ni todos los esfuerzos del infierno podrán impe-

dir que repitan los Sacerdotes en medio del mundo los milagros obrados por Jesucristo en presencia de sus implacables enemigos. Dirigidos por la sabiduría del Señor, y sostenidos por su gracia, hacen y seguirán haciendo en el espíritu de los hombres lo que Jesucristo en el cuerpo de aquel miserable que se hallaba poseído del demonio.

Venid y contemplad al Sacerdote en el confesionario, teatro de sus victorias, sobre el demonio, tirano feroz de las almas sometidas á su imperio. Con que el pecador conozca y deplora su lamentable situación; con que manifieste sencillamente al ministro del Señor los males que padece; con que desee sacudir el despótico yugo de Satanás, el ministro de Dios obrará en su alma los milagros que obrara Jesucristo sobre el poseído del Evangelio. Todos los días y á todas horas ¿cuántos esclavos no recobran la libertad? ¿Cuántos ciegos no recobran la vista? ¿Cuántos sordos y mudos, cuántos paralíticos y muertos no recobran el habla y el oído, el movimiento y la vida? Mirad ese hombre arrodillado á los pies del confesor. Rey ó vasallo, noble ó plebeyo, rico ó pordiosero, pecó y es un esclavo que pide su libertad, es un ciego que pide luz, es

un enfermo que busca medicina; es un alma que quiere la vida.

Ni los Angeles, ni los hombres pueden quebrantar las cadenas de su esclavitud ni devolverle los bienes que perdió por el pecado. Pero habla el Sacerdote, pronuncia las palabras sagradas, y al imperio de su voz, se estremece el demonio; abandona aquella alma, se deshacen las cadenas, se inutilizan sus armas y se desvanece todo su poder. Entonces se abren los ojos del triste cautivo, y mira con horror la fealdad del pecado, descubre y contempla la imagen de la virtud y queda enamorado de su belleza; entonces se abren sus ojos y llega á conocer el hondo abismo en que iba á precipitarse; la noble dignidad, el alto destino á que habia renunciado; la odiosa tiranía del demonio á quien habia servido y la bondad amorosísima del Señor contra quien se habia revelado. Entonces se abren las puertas de sus oídos y resuena con eco simpático en el fondo de su alma la voz de la religion, escucha con placer la palabra divina y rechaza indignado la mentirosa palabra del mundo. Entonces se abren sus labios y no gusta de pronunciar mas que palabras de amor y gratitud, y quisiera que los cielos y la tierra,

los Angeles y los hombres le ayudasen á protestar su reconocimiento á aquel dios que ha usado con él de tan grande misericordia. Entonces se desatan las ligaduras de todos sus miembros, recobra el corazon su movimiento natural, recibe nueva vida el espíritu y se ve repentinamente trasladado de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, de la muerte á la vida, de la esclavitud ignominiosa del demonio á la encantadora libertad de amigo é Hijo de Dios. Entonces el ministro de Jesucristo, al retirarse de su presencia este hijo de Dios, al entregarle la túnica de la inocencia y el vestido de la santidad, véte en paz, le dice, y no vuelvas á pecar mas. Y para que no desmaye en su camino, anda, le añade, anda á comer el pan de los fuertes; ve á buscar en el abrazo de Dios la fuerza para llevar en el vaso de la humana fragilidad, el tesoro de la eternidad.

Y cuando ya está delante del altar, aquella misma sagrada mano que rompió las cadenas de su esclavitud y curó sus llagas y derramó en su corazon el bálsamo del consuelo, aquella mano que lavó su alma con las aguas misteriosas del sacramento de la penitencia, dejándola mas resplandeciente que el sol y mas

blanca que la nieve; aquella mano que le vistió con la estola ó vestidura nupcial de la gracia, abre ante el alma purificada el tabernáculo de oro, presenta el banquete de los Angeles al que solo pueden sentarse los que están puros, y tomando con dos dedos la hostia sacratisima, *Ecce agnus Dei* le dice: Hé aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Ven á comer el pan de los Santos; ven y abraza á Dios, que te alimenta de sí mismo para hacerte á su imágen, que te dá en su carne y en su sangre, causa eficaz de toda santidad, un memorial de sus padecimientos y una prenda infalible de las eternas esperanzas.

Ved, si es grande, si es augusta, si es benéfica, si es consoladora la potestad del sacerdote. ¿No debian los hombres y los pueblos alabar, respetar y amar á los sacerdotes con la gratitud que se debe á un bienhechor, con el amor que se debe á un padre y con el respeto que se debe al Ministro del Altísimo? ¡Ah! no es asi como proceden los hombres en esta época de impiedad y de retos blasfemos. Cúmplese hoy literalmente la profecía de Jesucristo. No es el siervo mayor que su Señor. Si á mi me han perse-

guido, tambien os perseguirán á vosotros. (1) ¿No lo veis claro, patente en el hecho que refiere hoy el Evangelio? Jesucristo lanza al demonio del cuerpo de un hombre, le restituye la vista, el habla y el oido. Pero los orgullosos fariseos, ya que no pueden negar el milagro; ya que no pueden impedir que el pueblo se vaya con Jesucristo y le aclame con entusiasmo, se desatan en injurias contra el Salvador, y blasfeman, diciendo: Ese hombre lanza los demonios en nombre y por virtud de Belzebú, príncipe de los espíritus infernales. Una turba de insensatos ha tomado á su cargo la defensa y prosecucion de la conducta criminal de los fariseos. Pero á la faz del cielo y de la tierra responderá hoy el Sacerdote, como Jesucristo en la noche de su prision. Todos sabeis que un criado del Pontífice estampó una bofetada sacrilega en el rostro de Jesús, en aquel rostro que miran los ángeles con temor y temblor; en aquel rostro ante cuya majestad se estremecen los fundamentos de la tierra y se derriten como cera los peñascos. Entonces Jesucristo con mansedumbre divina, respondió: Si he hablado

1 Joan. 15, 20.

mal, muéstrame en qué, y sino ¿porqué me hieres? ¿Por qué se le hiere al Sacerdote, por qué se le persigue, por qué se le calumnia? ¿*Quid enim male fecit?* ¿Es quizá porque perdona los pecados y ruega á Dios que perdone á los hombres y á los hombres que amen á Dios? ¿Es acaso porque tiene y ejerce en nombre del cielo la facultad de reprender, la facultad de condenar, la facultad de sufrir, la facultad de llorar, la facultad de derramar su sangre? ¿Es acaso porque alumbrá á los ciegos, por qué redime á los esclavos, porque consueta á sus prógimos, porque salva á las almas, porque las lleva al cielo? ¿*Quid enim male fecit?* ¿Es crimen por ventura, hablar al rico en favor del pobre y al pobre inspirarle sumision y respeto en favor del rico? ¿Es acaso un crimen amparar al desvalido, consolar al triste, proteger al desgraciado y curar las dolencias sociales? Amemos, pues, á Jesucristo que nos ha redimido con su sangre, que nos alimenta con su mismo cuerpo, que nos alumbrá en el oscuro sendero de esta vida, y nos espera con los brazos abiertos para santificarnos en el tiempo y glorificarnos en la eternidad, Amen.

LA COSTUMBRE DE COLOCAR
UNA CALABERA AL PIÉ DE LOS CRUCIFIJOS.

(Conclusion.)

Segun la tradicion, muy acreditada entre los griegos, la roca hendida al pié de la Cruz descubrió el mismo cráneo de Adan, que allí se ocultaba hacia tantos siglos. Fúndanse los griegos para sustentar esta tradicion en muchos textos de los Santos Padres.

San Atanasio dice: El sitio donde se plantó la Cruz correspondia directamente á la sepultura de Adan, como lo aseguran los judíos. Y en efecto, convenia que las primicias de nuestra vida nueva se plantasen allí mismo donde se pusieran las primicias de nuestra muerte.

El monte Calvario, dice Origenes, tenia un privilegio especial, cuando fué escogido para la muerte de Aquel que murió por todos los hombres. Porque la tradicion que ha llegado hasta nosotros dice que el cuerpo del primer hombre, formado por Dios á su imágen y semejanza, fué sepultado en el mismo sitio en que fué crucificado Jesucristo.

Tertuliano dice: El Calvario es el mismo lugar de la cabeza. Aquí fué sepultado el primer hombre: En tradicion nos lo ha conservado la memoria y sobre este mismo sitio se enarboló el estandarte de la Cruz.

San Atanasio es todavia mas explícito en un sermón sobre la Pasión: Jesucristo no eligió otro lugar para padecer y ser crucificado, que el del Calvario, el cual, en opinion de los judíos es el sitio donde fué sepultado Adan; porque aseguran que despues del anatema y castigo fué

en él enterrado; y si fuese así, la relación que se halla entre ese célebre lugar y la Cruz de Jesucristo, me parece cosa admirable: porque es cosa muy justa que Jesucristo viniendo á buscar y sanar al primer hombre, Adán, eligiese para teatro de su Pasión el mismo sitio donde se hallaba enterrado, y que al expiar su pecado expiase también el de toda su raza. Dijo á Adán: Eres polvo y en polvo te has de convertir. Y Jesucristo vino al mismo sitio en el que se ejecutó esta sentencia para librarle de la maldición; y para que á las palabras: Eres polvo y en polvo te has de convertir, siguiesen estas: Levántate tú que duermes y sal del sepulcro.

San Epifanio, que nació de una familia judía, habla de esta tradición como de una cosa antiquísima, y dice que la sangre y agua que salieron despues de la lanzada del costado abierto por un soldado, lavaron y purificaron el cuerpo del primer hombre, sepultado en el mismo sitio.

EL ABUELO BRUNO.

—Mi amo, otro fraile en danza.

—¿Qué dices, hombre?

—Que ya tenemos en puertas otro fraile como aquel de la *metáfora*. Y esta vez, la fiesta no es en Alemania, sino en España, y en el mismo Madrid; donde la consabida comparsa de *estudiantitos* libre-pensadores, de esos que pasan la vida en las puertas de las Universidades esperando que vuele un pájaro para tirar los libros y sacar las banderas, han querido celebrar con *pendones* y la *juerga*

de costumbre, el aniversario de un célebre dominico que murió quemado allá por el año de la nanita.

—¡Hombre! sería algún santo.

—¡Cál no, señor; si precisamente porque no fué santo es por lo que quieren hacerle la fiesta, sacando á la calle los pendones. Lo malo es que el Rector se ha negado á entregárselos; y como ellos dicen que sin esas insignias no es posible honrar debidamente la memoria de ningún libre-pensador, resulta que ahora quieren ponerle pleito al Rector, y hacer no sé cuantas cosas más.

—¡Bendito Dios y qué tiempos! Pero, dime, Blas, ¿quién es ese dominico tan célebre, que mete tanto ruido?

—No lo sé, mi amo. Creo que era uno que se llamaba Bruno, y de mal nombre *Giordano*.

—¡Ay, Blas, y qué Bárbaro eres! Si *Giordano* es un nombre italiano, que en castellano quiere decir *Jordan*. Vaya, veo que estás poco versado en lenguas, y que no las conoces más que en estofado. Si, hombre, sí; *Jordan Bruno* fué un célebre hereje napolitano, que *floreció* á mediados del siglo diez y seis, y que hubo necesidad de quemarle en cuanto empezó á *echar la simiente*.

—¡Jesús y qué cosas, mi amo! eso será otra *metáfora* como la de Lutero.

(Continuará.)

